

## LECTORES, DELINCUENCIA, POLICIA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Las cartas de los lectores son, sin duda, la mejor expresión de la opinión ciudadana y no hay publicación periódica moderna que no procure darles la mejor cabida en sus columnas. Ahí tiene el comentarista que acudir para obtener tema para su diálogo con sus lectores y con las autoridades, aunque en el caso de éstas, tal cual ocurre entre nosotros, sea frecuente la falta de verdadera interlocución. Allá ellas en su solipsismo, en su indiferencia. En los últimos tiempos, por ejemplo, han menudeado en esta página las quejas de la gente contra dos fenómenos de creciente magnitud. El aumento de la delincuencia —a la cual se le declaró recientemente, como si se tratara de un "casus belli", una frustranea guerra sin cuartel— y la correlativa escasez de policías en buena parte de la ciudad. No siempre, por cierto, los corresponsales plantean bien el problema: unas veces reclaman la acción exterminadora para acabar con el peligro del robo y el asalto, y otras atribuyen a defectos morales de la población el índice sobresaliente de ladrones y agresores. En cuanto a la carencia de policías, los lectores no se explican bien a qué se debe tal falla. Pese a a todo, es indudable que los hechos reales son tal cual emanan de las cartas que llegan al buzón del diario.

Lo que falta es explicar las causas que determinan ambos hechos. En primer término, es indispensable precisar que, tal como ocurre con la mendicidad, la delincuencia crece en número y violencia en proporción directa al incremento de la pobreza, la desocupación y el desamparo social de las mayores. No es que cada día el peruano sea más malo. Es que cada día tiene menos ocasiones de elegir la honradez como camino. Para reducir el número de ladrones o para eliminarlo es necesario promover el desarrollo nacional, crear fuentes de trabajo, descongestionar las ciudades, dar oportunidades a todos. Las "razzias" pistola en mano a los refugios del hampa o a los barrios en donde ella suele tener sus cuarteles gene-

rales son absurdas. Además de que se desata una beligerancia armada, los que caigan en poder de la policía van a parar a la inmundas cárceles que el Estado desatiende para hundir más al hundido y perfeccionar la técnica del irrecuperable. El plan de renovación carcelaria es otra promesa en el aire, ya se sabe. Para cerrar las puertas de los penales no hay que abrir. como se sostenía antes un poco ingenuamente, las de las escuelas. Hay, primero, que desplegar las del trabajo bien remunerado, las de la alimentación sana y barata, las de la salud. En suma, las de la esperanza.

El problema de la vigilancia policial no difiere mucho del anterior. Para que se dé vocación policial, hay que dignificar ese oficio. Dignificarlo significa remunerarlo mejor, facilitar el ascenso por méritos, dotarlo de la más alta respetabilidad social. Para eso hay que disponer de rentas especiales, de partidas en el presupuesto del ministerio respectivo (reduciendo esas otras secretas, destinadas a la delación), y crear las condiciones fundamentales para que pertenecer a esa institución no sea

un recurso de desesperado. Y, también, hay que rodear al guardia de todas las garantías de que su autoridad no va a ser desconocida por el influyente, el potentado, el dueño de la "patente de corso" del privilegio. Si faltan policías —es obvio— es porque no es tentador ser vigilante, tanto porque no resulta una actividad que permita el progreso individual cuanto porque la ley no se aplica a todos igual y, por un error de apreciación, el que custodia el orden puede ser tenido como desordenador. Tal es la paradoja.

Un país gobernado al tun-tún, con políticos que sólo se ocupan de politiquería, con ministros trashumantes, con desdén hacia los auténticos problemas y desmesurado interés hacia asuntos que son importantes sólo para camarillas o grupos, se revela en la contramarcha de estos detalles al parecer pequeños. Quien mire al Perú en tales aspectos de gobierno elemental sabrá bien por qué, más de una vez, se ha dicho que somos un pueblo anárquico y sin composición. Organizarlo y componerlo importa una transformación profunda.